

De mi archivo anecdótico

NAVIDAD MARROQUI

A Jaime Garrigós, afectuosamente

De esta anécdota fue causante involuntario un recluta enguerino, que estuvo en Melilla el año 21, buen ch'co, algo leído y *escrito*, y aunque no había salido del lugar hasta entonces, era incapaz de hacerle daño a un león o a una Compañía de Ametralladoras, en posición de ataque...

Como no queremos dar motivo a que algún compañero de armas, o tal vez pariente, pueda creer por su sospecha adivinar quién era el interesado, lo llamaremos *Benigno*, y aseguramos que cualquier parecido con el verdadero protagonista, será simple y pura casualidad que, a veces, se complace en hacer parecer uno, que de ninguna manera es. No pierdan de vista esta verdad los *pizcólogos* o *zahurines* que pretendan averiguar qu'én fue el recluta en cuestión.

Benigno era el prototipo de la malicia rural y egoísta, que atiende a su exclusivo beneficio, sin comprender que esta condición suele ser, y generalmente es, la menos conveniente, por su absoluta negación en el concepto de los demás, con quienes se convive; y mucho más, tratándose del compañerismo que forzosamente debe existir entre los que, aunque ocasionalmente, forman en las filas militares y, más todavía, en un frente de guerra como Melilla era entonces.

Benigno, atento a su egoísmo, reunido en sesión permanente consigo mismo, en secreto silencio, acordó *por unanimidad*, huir de todo servicio, para lo cual, con la cara más compungida que adoptó, tras varios ensayos, en cuanto oía el toque del médico en la visita de enfermos, se colocaba en la fila, quejumbroso y demacrado, y al llegarle el turno, le soltaba al galeno una serie de dolencias en el cuerpo y en la cabeza, cuyas intensas manifestaciones iban, desde la antipática *jaqueca* hasta la inacción de las articulaciones, que amenazaban, tal vez, la presencia de un temeroso reuma... De apetito, nada; de ganas de pasear o practicar cualquier ejercicio físico, cero...

El médico, los primeros días, se limitaba a *rebajarlo de servicio*, medida inofensiva de la que esperaba la evasión de las supuestas dolencias, siquiera por aburrimiento del paciente, ya que en la tienda de campaña no disponía del material clínico indispensable para hacer un honesto diagnóstico; pero, como *Benigno* no era un *paciente*, sino un impaciente y terco *caradura*, deseoso de perder de vista el campamento, no abandonaba su puesto en la cola de enfermos, ni sus abundantes alegatos de raro malestar ante el médico, quién al fin, verdadero ángel de bondad, optó por darlo de baja, mandándolo al Hospital Docker, de Melilla, donde podrían someterlo a cuantas observaciones fueran necesarias para averiguar y remediar *aquella enfermedad*.

Todo cuanto la mente del *inocente Benigno* se esforzaba en dar verosimilitud a su empeño de *verdadero enfermo físico*, pudo ponerlo en práctica a su ingreso en el Hospital, donde se aplicó a observar y asimilar cuantas características iba descubriendo en sus interpelaciones a los soldados dolientes que procedían, heridos y maltrechos, de las posiciones avanzadas.

Como el Docker no podía acoger las verdaderas avalanchas de evadidos de la zona enemiga, cuyo volumen aumentaba diariamente, el Mando, además de habilitar otros edificios, hacía con alguna frecuencia evacuaciones de hospitalizados *menos graves* a la Península, con el fin de disponer del mayor número de plazas para que fueran ocupadas por los fugitivos de Abd-el-Krim; y en esta ocasión no renunció a evocar el recuerdo del infierno dantesco en que se consumía Melilla, con la iniciación de nuestra ofensiva, protegida por las andanadas incesantes de tres barcos de guerra, situados frente a Nador, siguiendo las directrices que les transmitía un globo cautivo, elevado sobre el Atalayón de Mar Chica; en Melilla no quedó un cristal; enmudeció, por fin, el cañón enemigo del *Gurugú*, que cada atardecer reanudaba la trágica sinfonía de muerte que diezaba a la población..

Se avanzaba. Desfilaba por plaza, de regreso de un convoy a *Casabona*, al tercer intento, la columna del General Cavalcanti, recibiendo el aplauso enardecido de la población melillense, enloquecida de entusiasmo, gratitud, admiración y sentimiento patrio, brindado al heroísmo del Soldado Español... ¡Aquel imberbe *cornetilla del Tercio*, de cuya mano, sosteniendo sobre el hombro la culata del mosquetón, pendía un anudado pañuelo que encerraba un misterioso contenido triunfal...!

* * *

Un día encontré por una calle de Melilla a Jaime Garrigós cargado con una gran bolsa de cuero y, además, varios paquetes, y me refirió que lo habían nombrado cartero de su Batallón, destacado en Segangan, de donde venía cada dos días, a traer el correo *de ida*, para llevar a la posición, al día siguiente, *el de vuelta*, por lo cual pasaba cada vez una noche en la *Representación*. Le pregunté por todos los paisanos soldados (—¿en qué quedamos?...—) Pues, sí, *soldados paisanos*, que sabía que andaban por aquellas tierras, pues, quise hacer una lista de todos para enviar al Ayuntamiento de nuestro pueblo, semanalmente, un parte de la situación de cada uno, con el fin de que nuestras familias supieran nuestro estado; lo cual no pude conseguir, a pesar de haberme dirigido en muchos casos personalmente, o por carta, a las posiciones donde estaban los interesados. Supe que Silvino Vila estaba herido y que *Benigno*, por fin, vio premiados *sus heroicos sacrificios* frente al enemigo, y gozaba de su evacuación a la Península...

Un enguerino residente en Tarazona de la Mancha, Edelmiro Sánchez, que años antes había hecho su Servicio Militar en Melilla, había vuelto para establecer un almacén de vinos, y aquel fue nuestro centro de reunión, entre *botas y marraixas*, donde solíamos hacer alguna que otra *berendeta*.

Acudió Jaime una tarde, por vísperas de Navidad, malhumorado y pensativo por el caso que se le había presentado, que no sabía cómo resolver. Había llegado a Correos, consignado a *Benigno*, un paquete de los muchos que por entonces enviaban los familiares a sus soldados en África; estaba verdaderamente atribulado, pues, estando el interesado evacuado en la Península y disponiendo de poco tiempo para averiguar el lugar de España donde estuviera, para reexpedírselo, no sabía qué hacer, aunque, naturalmente, lo tenía bajo llave en su apartado de la *Representación*. Como "los amigos se demuestran en las ocasiones", Edelmiro y yo nos ofrecimos a realizar las gestiones precisas para resolver el caso, y en efecto, al siguiente viaje de Jaime, reunidos los tres en aquella excelente, aunque humilde mansión de Baco, le expusimos nuestro concienzudo dictamen y feliz solución del caso, previo minucioso análisis de los precisos y no menos felices antecedentes del mismo, basados en este profundo y lógico razonamiento:

— Podíamos sentar, no la hipótesis, sino la verdad real de que *Benigno* estaba feliz y tranquilo en España, sin los peligros del frente, sin las incomodidades y escaseces del campamento y, sin la *compañía personal* que los que seguíamos allí *disfrutábamos*...

— Que en pleno goce de la paz, que nosotros no teníamos, *Benigno* no necesitaba saber ni aprovechar las entrañas de aquel paquete, ignorado por él, cuyo merecimiento no solo era discutible, sino negativo.

— Que era lógico pensar que el paquete en cuestión, contendría, entre apetitosas *hornás*, alguna que otra *gorriná* clásica enguerina, cuya permanencia entre envoltorios, sin aire, es seguro que estaba ya florecida, *rovellá* y putrefacta, por su propia humedad, por el tiempo transcurrido desde su empaquetamiento y el que había de pasar hasta averiguar el paradero de *Benigno*, que en el mejor de los casos, cuando llegara a su poder no encontraría más que podredumbre, con el consiguiente disgusto de su inutilidad, lo cual sería motivo de empeoramiento de su *enfermedad crónica*...

— Que ante la realidad verdadera de estos seguros inconvenientes procedía la incautación y posible aprovechamiento de lo que se pudiera del paquete, ya que sería un crimen de *lesas Patrias* (grande y chica), renunciar a esa oportunidad con que la Casualidad nos obsequiaba en aquellas Navidades...

Se disolvió el triunvirato sin que se hubiera acordado la sentencia, y mucho menos, su ejecución; pero...

A los dos días acudió Jaime con tres o cuatro palmos *de longaniza y media docena de botifarras*, cuya presentación estuvo a punto de producirnos un serio ataque de enajenación mental...

Dos días después se repitió el ágape, con la promesa de que "aún quedaba"... Y cuando se agotó aquella *despensa*, acordamos dirigir nuestras preces del más verdadero agradecimiento a *San Benigno*, y mantener eternamente el secreto a nuestro paisano, para no darle motivo a que *cambiara de nombre*...

Así se ha hecho.

Burgos, 1969.

Firmado: MANUEL ALBIÑANA SANZ